

que consideran incompatibles las dos cosas! Hagamos, pues, siquiera en adelante, por Dios, lo que siempre hemos hecho y solemos hacer aún por el mundo. Llenémonos de ardoroso celo por su gloria; tengamos valor, no solamente para emprender el bien, sinó para practicarlo con constancia. ¡Ojalá que el ejemplo de la Santísima Virgen y la protección que ofrece, nos haga cambiar enteramente de conducta, perseverando por siempre en las buenas obras, para gloria del Señor y utilidad del prójimo! ¡Ojalá el verdadero espíritu de Religión nos lleve á socorrer á nuestros hermanos, á pesar de los falsos pretextos que el amor propio sugiere, y la posición social, la injusticia y la poca humanidad cohonestan!

¡Virgen Santísima! Alcanzadnos de Dios la gracia de practicar con prontitud, á ejemplo vuestro, las obras de caridad que el Evangelio nos prescribe, sin que obstáculo alguno nos detenga. Pedid para nosotros el celo de la gloria del Señor que animó á sus santos Apóstoles, moviéndoles á atravesar los mares, discurriendo por todas las regiones del mundo, para dar á conocer el nombre de Jesucristo á los pueblos más lejanos y menos cultos; pero pedid también lo que principalmente ensalza su gloria, ó mejor dicho, el poder de la gloria de Dios; esto es, el que ni las prisiones, ni las cadenas, ni los azotes, ni la más fiera persecución sean parte para intimidarnos, como no les intimidaron á ellos. Haced, Señora, que suceda así, á fin de que, después de imitaros á Vos, que fuisteis el modelo de los Apóstoles, obtengamos la dicha de participar de vuestra bienaventuranza.

DE VARIOS.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN ES:

#### PRIMERA REFLEXIÓN.—Misterio de caridad.

SUBDIVISIONES.—1. Caridad humilde.—2. Caridad activa.

#### SEGUNDA REFLEXIÓN.—Misterio de santificación.

SUBDIVISIONES.—1. Santificación de la casa de Zacarías.—2. Cómo contribuyó María á esta santificación.

#### TERCERA REFLEXIÓN.—Misterio de gratitud.

SUBDIVISIONES.—1. Gratitud de María.—2. Su cántico de acción de gracias.

*Et intravit in domum Zacarie, et salutavit Elisabet.*

Y entró en casa de Zacarías y saludó á Isabel.

(Luc., 1, 40.)

**A** PENAS el Angel del Señor hubo anunciado á María las maravillas que debían realizarse en ella, citándola como prenda del cumplimiento de lo que la prometía, el ejemplo de su prima Santa Isabel, la cual estéril desde muy atrás, y bastante entrada en años, había concebido un hijo, consideró María como un deber felicitarla por una fecundidad tanto más dichosa, cuanto más vivamente era deseado y por más tiempo aguardado el fruto de sus entrañas. Inmediatamente *se levanta*, dice el Evangelio, *se pone en camino diligentemente, atraviesa las montañas* de la Judea, llega á la ciudad sacerdotal de la tribu de Judá, donde moraba Zacarías, y permanece en su casa por espacio de muchos meses. No creáis, dice San Ambrosio, que la Santísima Virgen, dudando del vaticinio que se le ha hecho, quiere ir á enterarse por sí misma de tan extraordinario suceso: *Non incredula de oraculo*. No creáis tampoco que, llena María de la idea de los prodigios que en ella se han obrado, vaya en busca de testigos y de admiradores, ni que, pensando pueda haber en el mundo un alma digna de ponerse como ejemplo de lo que en María acaba de hacerse, se decida á hacer ostentación de las augustas prerogativas que le han sido otorgadas: *Non dubitans de exemplo*. No creáis, en fin, que la impulsa á este viaje una curiosidad que, excitada por la singular noticia de

haber concebido una mujer, no sólo estéril, sino anciana, se disfraza con el velo de una pretendida atención para verse satisfecha: *Non incerta de nuntio*. Nada de esto creáis, porque acerca de la Virgen, cuya lealtad elogia Santa Isabel al saludarla, acerca de la Virgen, que por humildad no quiere ser mirada sino como una esclava del Señor en la ocasión misma en que se le anunciaba haber sido elegida para Madre de Dios, acerca de la Virgen, digo, no caben tales sospechas. Miras más santas, en efecto, son las que la llevan á casa de Zacarías. Propónese hacer á una familia que ama todo el bien que se siente capaz de hacerla. Con este fin interrumpe la quietud de su retiro, y emprende un penoso viaje. Y ¿qué bien se propone comunicar á la casa que visita? Quiere llevar la luz á los que todavía no la han recibido, y aumentarla en los que ya la tienen; quiere asistir á su prima y proporcionarla los auxilios necesarios.

## PRIMERA REFLEXION.

### MISTERIO DE CARIDAD.

María no es aún Madre sino á los ojos de Dios, porque el Niño que lleva en su seno no ofrece todavía al mundo señales de su existencia. Mas no por eso dilata María el esparcir la gracia y la salud de que es depositaria. Entendiendo que su tesoro no la ha sido confiado sino en beneficio de los hombres, que por oculto que se halle, no debe ser inútil, se apresura á dar parte de él á la venturosa familia en el seno de la cual preparaba el Eterno el Precursor que había de anunciar el advenimiento del Mesías; sin aguardar á que se la invitase, ni á prevenir su marcha, adelántase María á todo, y se adelanta con celo. Como la caridad es el motivo de la visita, la humildad, inseparable compañera de esta virtud, es el principio del viaje. No envaneciéndose de su nueva dignidad, se anticipa á su prima, no sólo en visitarla, sino en dirigirla su salutación. La primera en grandeza, es también la primera en humildad. Ahora no se declara solamente sierva del Señor, sino que se hace en efecto servidora de una mujer. De este modo el misterio de la Visitación de María es especialmente el misterio de la caridad verdaderamente humilde. Entre los divinos caracteres de la caridad, hay dos singulares que San Pablo nota, á saber: que la caridad no es envidiosa, sino que, por el contrario, es servicial y bienhechora: *Charitas non emulatur; Charitas benigna est*. Hay, pues, dos defectos diametralmente opuestos á la caridad, que son ó quitar al prójimo el bien que posee y, cuando nó, mirar ese bien con envidia, ó rehusarle el bien de que carece, teniendo de él necesidad, y que nadie más que nosotros puede proporcionárselo. Contra estos dos defectos existen dos virtudes, de las cuales nos ofrece María hoy

un perfectísimo modelo. En primer lugar, lejos de sentir envidia la Santísima Virgen de la dicha de Isabel, va á felicitarla tomando parte en su júbilo; y en segundo lugar, quiere tener participación también en su pena, asistiéndola con todo esmero, en consideración á que su prima necesitaba mayores cuidados por su edad avanzada y por su esterilidad permanente, más aún que por su situación de suyo no poco peligrosa. Lecciones excelentes nos da en esto una conducta tan desinteresada y recta. ¡Ojalá que el ejemplo de María excite en nuestro corazón una caridad tan activa y perfecta como la suya!

No hubiera sido de gran precio la caridad de la Santísima Virgen, si manifestándose con palabras y afectos únicamente, no hubiese producido resultados prácticos. He dicho que la caridad no siente envidia, sino que es, por el contrario, oficiosa y benéfica, para significar que la caridad verdadera se diferencia mucho de lo que fingen los mundanos. Demasiado común es, en efecto, la caridad estéril é infructífera, que se contenta sólo con vanos cumplimientos. ¡Cuántos hay, fogosos en sus protestas, desprendidos en sus ofrecimientos, y no obstante, poco eficaces en la práctica! Sin embargo, no es otra la caridad que se vanagloria de poseer la mayor parte de las gentes del mundo, donde todo es exterior, todo superficial. En ninguna parte se hacen más demostraciones, más ceremonias, más afectados cumplimientos, con mayor artificio, pero con menos obras. La caridad de María no es de este género, como lo prueban los servicios positivos que presta á Santa Isabel, y los deberes oficiosos que llena en su casa. Si para asistirle es necesario interrumpir las dulzuras de su soledad, el halagüeño atractivo de la contemplación, á la que más que nunca se ha entregado desde que es Madre de Dios, los interrumpe, sabiendo que la caridad es activa, y que, como reina de las virtudes, tiene derecho sobre todos los gustos de la piedad sensible. Por eso cuando quiere seguir el movimiento y el impulso que la animan, se dispone á sacrificarla hasta en su más íntima unión con Dios. No lo he dicho bien, porque ejercitando la caridad, no se deja á Dios. Así nos lo enseña el autor de la *Imitación de Cristo* cuando dice que el dejar á Dios de este modo, es dejar á Dios por Dios, puesto que es dejarle para agradarle. María ignora si tiene algún privilegio más que su prima, nacido de su superioridad, y se desentiende de los consejos de la prudencia humana, así como del instinto de precaución. A pesar, pues, de su dignidad como Madre de Dios, á pesar de su categoría, á pesar del cuidado que de sí misma debe tener, puesto que se halla en el mismo estado que su santa prima, obedece á la caridad bienhechora que prescinde de todas estas consideraciones, despreciando los pretextos que podían eximirle de emprender tan arriesgado viaje. Un solo objeto se propone, que es el hacer bien; y desde que lo distingue, no admite espera, dedicándose á él sin otra mira que el bien mismo. Aunque la sea preciso emplear una constancia infatigable, continuar sus cuidados, prolongándolos hasta el completo restablecimiento de Isabel, María no se separa de ella, siempre asidua en

cumplir los deberes que se ha impuesto, por espacio de tres meses, y sin retirarse á su casa hasta después de haber celebrado el nacimiento del Santo Precursor de su Hijo. ¿ Se hallarán hoy muchas almas tan generosas y serviciales que auxilién al prójimo de este modo en sus penas y trabajos? ¿ O es que no tenemos á la vista objetos dignos de nuestra caridad y capaces de excitar nuestro celo? ¿ Necesitamos, por ventura, atravesar montes para encontrar esos objetos? ¿ Estamos desprovistos de medios para socorrer sus necesidades? ¿ Creemos que Dios ha abandonado á los que padecen, permitiéndonos también á nosotros que les abandonemos? ¡ Ah! Nada de esto hay. Las aflicciones se multiplican, las calamidades á todos alcanzan y la caridad se estrecha. En medio de tantas miserias, apenas se ven algunas obras de misericordia.

¡ Virgen Santísima! Haced que vuestro ejemplo y el de Santa Isabel nos enseñen con toda perfección cuáles son los caracteres de la verdadera caridad, y el modo como debemos portarnos en el comercio de la vida humana; cuáles son los escollos que debemos evitar, y cuáles las precauciones de que más conviene armarnos; qué es lo que debemos desechar, y qué lo que debemos buscar; y por último, de qué manera podemos santificarnos para conseguir la verdadera caridad.

## SEGUNDA REFLEXIÓN.

### MISTERIO DE SANTIFICACIÓN.

Habiendo atravesado María las montañas de Judea, llegó á la ciudad sacerdotal de la tribu de Judá, donde Zacarías había fijado su residencia, entró en la casa de éste, dice San Lucas, y saludó á su esposa, y al oír la voz de María se llenó Isabel del Espíritu Santo. Hasta tanto, observa Orígenes, que la Virgen, que llevaba en su seno al Autor de la gracia, vino á Isabel, no leemos que ésta hubiese recibido tan abundante efusión de gracias; pero en cuanto la voz de María resonó en sus oídos, ¡ qué de luces se esparcieron en su espíritu y de cuántos misterios se halló sabedora! Descubre á Dios en las entrañas de María, é inmediatamente se humilla hasta en lo más profundo, bajo el pensamiento de su nada. Entonces principia un certamen de humildad y de caridad entre las dos parientas, esforzándose cada una en bajar más que la otra, y en celebrar con mayor magnificencia las misericordias del Señor. No es esta una visita de mera ceremonia; no se pasa el tiempo de la primera entrevista en cumplimientos, en recíprocas lisonjas cambiadas artificiosamente; estas son fórmulas vanas de que prescinden gustosamente dos corazones verdaderamente unidos. Todo lo que de más halagüeño tienen que decirse, se convierte en acciones de gracias al Señor. En la sorpresa de que Santa

Isabel apenas puede reponerse, y que difícilmente alcanza á expresar al ver á María y escuchar sus palabras, eleva la voz, poseída del mas vivo reconocimiento, y exclama: *¿ De dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* El motivo del agradecimiento de Isabel, dice San Ambrosio, consiste en la persuasión en que está de que la gracia que recibe no se la concede en vista de algún mérito que en ella haya, sino por puro efecto de la bondad de Dios. Por eso corresponde á las grandezas de María con esta salutación: *Bendita eres entre todas las mujeres, bendito es el fruto de tu vientre. Cuanto te ha sido anunciado tendrá cumplimiento.* El Angel del Señor no te ha prometido cosa tan grande que no haya de tener ejecución, porque *has sido fiel y has creído.* ¡ Oh excelsa Virgen! *Lo mismo fué llegar la voz de tu salutación á mis oídos, que dar saltos de júbilo el hijo en mi vientre.*

¿ Quién oyó jamás cosa parecida, ni conoció prodigios como los que aquí se encuentran reunidos? Dos mujeres se saludan mutuamente: una es virgen, otra estéril; y con todo, ámbas van á ser madres: María, Madre de un Hombre-Dios, y por lo mismo Madre de Dios; é Isabel, madre de un hombre, puro hombre, pero Precursor del Hombre-Dios. Y no es esto solo: en tanto que María é Isabel se abrazan, los dos niños que en sus entrañas respectivamente llevan, se hablan sin verse, dice San Crisóstomo, ó se entienden sin hablarse, ejerciendo además, uno y otro, ántes de ver la luz del mundo, los diferentes oficios que tendrán más adelante á su cargo. Jesucristo, el oficio de Salvador, en la gracia que comunica á Juan Bautista; y Juan Bautista, los afectos de gozo que le conmueven y empiezan á anunciar la presencia de Jesucristo. No nos detengamos á examinar por qué prodigio Juan Bautista, concebido seis meses apenas, pudo conocer antes de abrir los ojos, explicarse antes de tener suelta la lengua, y obrar antes de ser dueño de sus acciones. Todos los Santos Padres convienen unánimemente en que Dios solo fué el autor de este milagro, así como efecto de la virtud del Espíritu divino que descendió sobre el Bautista, santificándole, el júbilo que sintió con la proximidad del Hijo de Dios. Todos creen que este sobrenatural movimiento lo hizo en uso de la razón y de la fe que le fueron otorgadas en aquel instante por un milagro de la Omnipotencia. Privilegio fué de San Juan, añaden los mismos Santos Padres, que el Sol de justicia atravesara el seno de su Madre, para disipar las tinieblas de la ignorancia y del pecado en que el niño yacía; dón especial fué el que la primer señal que dió de vida, fuesen saltos de gozo, mientras los demás niños principian, y eso cuando vienen al mundo, por dar gritos de dolor, derramando lágrimas. San Pedro Crisólogo, entre otros Padres, dice que San Juan estaba en el Cielo antes de estar en la tierra, puesto que fué animado del Espíritu de Dios antes de serlo del espíritu del hombre; que recibió el dón de la gracia antes de tener el cuerpo completamente formado; que principió, en fin, á vivir por Dios, antes de poder vivir por sí. Después de esto, no debe sorprendernos que el Salvador publicase que entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno más grande que Juan

Bautista. Diríase que en el momento de visitar á Juan, llevado por su madre, y formado apenas el Verbo Divino, dirigióse á su Santo Precursor, é infundiéndole la fuerza de lo alto, le repite lo que Dios había dicho á Jeremías: «Te conocí antes de haberte criado; y después de haberte criado, te santifiqué antes de tu nacimiento; y después de tu nacimiento, así como durante el curso de tu vida, serás mi Profeta; y mejor aún, el Profeta de todas las naciones: *Præusquam te formarem in utero, novi te, et antequam exires de vulva, sanctificavi te, et prophetam in gentibus dedi te.* En efecto, apenas San Juan oye estas palabras, cuando comienza en el mismo seno de su madre su oficio de Precursor de Jesucristo. No puede aún, dice San Agustín, señalarle con el dedo, ni servirse de la lengua para decir dónde se halla; pero emplea todo su cuerpo saltando milagrosamente para darlo á conocer,

¿Y cómo contribuye María al misterio de la santificación de Juan? No diré, porque sería un error, que la Virgen haya santificado al Bautista. Sé que María no es la fuente, sino el conducto por donde la gracia se comunica al mundo, como que por ella descende á nosotros ese dón celestial, aunque no venga de ella. Hablando con todo el rigor de la palabra, nadie fuera de Jesucristo concedió á su divino Precursor la anticipada santidad que le distingue del resto de los hombres. Mas con todo, el Cielo tiene ministros para la ejecución de sus determinaciones, tiene ángeles que llevan sus órdenes, y tiene mediadores que distribuyen sus gracias. Ved aquí, pues, el oficio de María en la santificación de San Juan. Contribuye á ella: 1.º Según las miras que la Providencia ha formado sobre su persona, y en ejecución del llamamiento de Dios; 2.º siguiendo el propio movimiento de su alma, y la feliz inclinación que le ha dado la naturaleza, y que la gracia ha perfeccionado. Me explicaré: María lleva á Jesucristo en sus entrañas, y es impelida por la caridad para ir á comunicar la gracia á San Juan Bautista encerrado aún en el seno de su madre. Jesús hace por María lo que no está en estado de hacer sin su concurso; y María hace con Jesús lo que no podría hacer por sí sola. Indudablemente San Juan es santificado con la presencia de Jesucristo; pero la gracia se le concede por el ministerio de María. ¿No os parece, H. M., que este pensamiento basta para inspirarnos una gran devoción á la Santísima Virgen, y para poner en ella, después de Dios, toda nuestra confianza, supuesto que, como dice San Bernardo, María es como el canal por donde el Señor se complace en hacer pasar las gracias que comunica á los hombres? Acudamos, pues, á María en todas nuestras necesidades, seguros de que nuestras súplicas no pueden dejar de ser oídas, si se presentan á Dios por medio de María, acompañadas de las suyas. Siendo María abogada y refugio de los pecadores, ¿á quién pueden éstos recurrir para demandar á Dios la gracia de convertirse, mejor que á la que es Madre de Misericordia? No duden obtener perdón, si piden sinceramente á María que interceda por ellos. Busquemos la gracia, dice San Bernardo, pero busquémosla por medio de María.

¿Qué no podemos esperar de su auxilio? El patrocinio de la Virgen es el talento que está en nuestra mano acrecentar hasta centuplicarlo. Así lo debemos hacer; pero ¿hemos conocido hasta ahora todo su valor?

¡Desgraciados de nosotros, C. O., si siendo, como somos, hermanos, miembros, adquisición preciosa de Jesucristo, no nos sentimos animados de un ardiente celo para aspirar á la santidad á que Jesucristo nos llama, siguiendo las huellas trazadas por el mismo Jesucristo! ¿Qué nos falta para alcanzarla? Tenemos el mismo mediador, pues que tan cerca está de nosotros Jesucristo en su santuario, como lo estuvo de San Juan Bautista en casa de Zacarías. Tenemos la misma mediadora, pues que la Madre de Dios es hoy tan poderosa, más poderosa aún, estando en la bienaventuranza, de lo que lo fué para San Juan Bautista en este valle de lágrimas.

### TERCERA REFLEXION.

#### MISTERIO DE AGRADECIMIENTO.

Quando un alma es sensible á los beneficios, no puede ocultar los sentimientos de gratitud. Hay circunstancias en que la persona agradecida se ve forzada á guardar silencio; mas cuando es libre para hablar, no tiene escondidos sus afectos. Aprovecha las menores coyunturas para abrir el corazón, comunicando, á lo menos en secreto, los favores recibidos, si halla personas capaces de tales confianzas, cuando no puede decirlos á todo el mundo, desquitándose, en cierto modo, de la reserva que tiene que guardar en público. Esto os dará, H. M., una idea de lo que María ejecuta en el presente misterio.

Elevada por elección de Dios á la más alta dignidad, habría querido proclamar la bondad divina, descubriendo al mundo entero lo que se la había anunciado por ministerio del Angel; pero no habiendo llegado aún el tiempo de explicar las maravillas de la Encarnación, la era preciso aguardar el instante que el Cielo tenía señalado. ¿Qué hace, pues, María? Presumiendo que serían comunicados á Zacarías é Isabel los prodigios que habían tenido lugar en su peroona, y sabiendo que, tanto uno como otro, no dejarían de alabar por ellos al Altísimo, váse en busca de ellos llevada, por decirlo así, en alas de la gracia. Isabel, en efecto, al ver á María, se llena del Espíritu Santo, como dice la Escritura, y publica en alta voz el gran misterio de la Encarnación del Verbo, exclamando: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí la dicha de que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* En este punto, el Corazón de María se dilata, y prorrumpe en voces de agradecimiento. Oigámosla cómo lo manifiesta. ¡Qué himno entona de alabanzas! ¡Qué oráculos

pronuncia! ¡Cuánta nobleza y cuánto fervor juntos! ¡Cómo discurre! ¡Cómo habla! En todo descubre su corazón testimonios que le abonen y los interpeta fielmente con su sublime palabra.

La Escritura está llena de las grandezas de Dios; pero puede decirse que María, reuniendo los rasgos más brillantes, forma un epitome de todas, haciéndonos formar de ellas el más claro y cabal concepto. Todo en el cántico de María está animado, todo es grande, todo sublime. Y no debe admirarnos esto ciertamente, porque es el Corazón de María quien habla; y sabido es el lenguaje de un corazón tierno de suyo, prevenido además, y excitado por un singular favor, y, sobre todo, lleno del Espíritu divino. Mil veces hemos oído esas magníficas expresiones salidas del pecho de María; mil veces las hemos repetido; pero ¿hemos penetrado bien su significación? Zacarías lo comprende, Isabel se asombra; procuremos también, por nuestra parte, entender y admirar el cántico sublime de María.

Concibámoslo ante todo como un cuadro en miniatura, donde se copian todas las perfecciones de Dios. De ningún modo pueden darse á conocer en este mundo esas perfecciones en sí mismas, pero si de ellas puede hacerse alguna pintura natural y aproximada, indudablemente es la que en su cántico hace la Santísima Virgen. Hasta entonces había recogido su alma todas las grandezas de Dios, adorándolas en secreto, forzada á meditarlas silenciosamente; mas tan pronto como sabe que el Señor ha revelado por sí mismo su obra, se siente impelida á romper el silencio. Empieza, pues, á ensalzar y dar gloria á su Santo Nombre: «¡Alma mía! exclama, alaba al Señor: *Magnificat anima mea Dominum.*» No está en su mano contener los transportes del corazón; necesita que se desahogue, publicando lo que siente del Dios que lleva en sus entrañas, y á quien debe su salud: *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* «Este Dios, continúa, es fuerte y todopoderoso: *Qui potens est,* y ha desplegado en mi favor toda la fuerza de su brazo omnipotente con el que ha obrado tan grandes maravillas, y que es el terror del universo, como es su sustentador: *Fecit potentiam in brachio suo.* Este Dios es absoluto y árbitro supremo de todo lo criado, todo lo tiene bajo su dependencia; todo sometido á sus órdenes. Por su voluntad lo regula todo, y lo que con ella no se conforma, lo derriba y no lo deja subsistir. Siendo Señor de cielo y tierra, destruye los soberbios proyectos de los sabios del siglo, teniendo un placer en confundir la falsa prudencia de ellos: *Dispersit superbos mente cordis sui.* Derriba á los monarcas de sus tronos, así como los eleva á ellos aniquilando su imperiosa dominación: *Deposuit potentes de sede;* y á los ricos, orgullosos de su fortuna y de la pompa que les rodea, los deja pobres en un momento, por cualquiera de esos medios de que se sirve cuando quiere infundir pavor á los que de El se olvidan: *Et divites dimisit inanis.* Este Dios es misericordioso, como lo ha manifestado constantemente de siglo en siglo. Una generación lo anuncia á otra generación, y de edad en edad va esparciendo su gracia sobre los hijos de los hombres: *Et misericordia ejus á progenie*

*in progenies.* Israel la ha experimentado más que todos; Israel á quien tomó en sus brazos, y á quien ama como á un hijo: *Suscepit Israel puerum suum.* Este Dios es vengador de los pecados, y amenaza, y truena, y envía rayos en señal de su indignación; pero en medio de las llamas de su cólera, y cuando más encendidas se muestran, acuérdate de que es misericordioso: *Recordatus est misericordiae suae.* Este Dios es fiel, y cumple lo prometido á nuestros padres: *Sicut locutus est ad patres nostros.* Como Dios de Abraham y de su descendencia, y sabio antes de la eternidad de los tiempos, no se muda, complaciéndose en ver como tienen cumplimiento sus palabras: *Abraham et semini ejus in saecula.* A Dios, pues, y solamente á Dios, concluye diciendo María, se debe toda gloria y alabanza.» Y volviendo luego los ojos á sí misma, considérase como nada delante de Dios, y se siente excitada á nuevos afectos de gratitud.

¡Cuán heroica es el alma de María! Dichosos nosotros si sabemos aprovecharnos de su ejemplo, para practicar la humildad verdadera, que consiste en reconocer que todo cuanto hemos recibido de movimiento y vida, de talento y virtud, de salud é inteligencia, de piedad y religión, todo, absolutamente todo, es dádiva del Señor, dón suyo, y efecto de su gracia: y que, por lo mismo, á El solo corresponde el honor, sin que ninguno tenga derecho á gloriarse del bien que posee, supuesto que no hay bien alguno que tenga su principio en nosotros.

Hacednos, Señor, la merced de que reconozcamos cuán deudores os somos, y cuán indeclinable es el deber que tenemos de pagaros tantos beneficios. No nos es dado devolveros dón por dón; mas podemos, sí, tributaros gloria y alabanza. No diremos, pues, con el Profeta: ¿con qué hemos de pagar al Señor? *¿Quid retribuam Domine?* porque sabido tenemos lo que hemos de daros, y qué es lo que os agrada. Por grande que seáis, oh Dios de majestad; por pobres y pequeños que seamos nosotros, no dejamos de tener algo que daros, algo digno de Vos; y eso lo aguardáis de nosotros, sin consentir que lo concedamos á nadie: es decir, vuestra gloria. ¡Ah! ¿Nos atreveremos á quitárosela, á privaros del único bien que nuestro corazón puede ofreceros, al mismo tiempo que nos privamos del más dulce placer que puede gustar nuestra alma? Dulce placer, sí; porque lo causa verdaderamente la idea de que tenemos una cosa que poder dar á Dios, y que esta cosa que le damos es digna de él. Ayudadnos, Santísima Virgen María, á llevar á cabo la resolución que tenemos tomada de seguir vuestros ejemplos, á fin de hacernos dignos de las promesas que vuestro divino Hijo ha empeñado de recompensar al que se humilla, exaltándolo á la gloria eterna.

DE VARIOS.